

## SEGUNDA PARTE.

AL recorrer, señores, la vida de Jesucristo, al ver el doloroso cuadro de sus padecimientos, nuestra razon parece lanzar un grito de extrañeza, y no sabe cómo, habiendo podido rescatar no uno, sino millares de mundos con la infinita eficacia de uno solo de sus suspiros, quiso pasar por una prueba tan dolorosa, sufrir todas las miserias y fatigas de la humanidad, y ser combatido á un tiempo mismo por la ingratitud, por la envidia, por el zelo hipócrita y la estúpida crueldad de sus enemigos. Mas volviendo un instante sobre nosotros, sondeando cuanto es posible nuestra miseria y debilidad, y subiendo al fatal origen de aquellas trasgresiones que mas deben confundirnos en la presencia del Señor, comprendemos fácilmente cuánto importaba para nosotros el ejemplo constante que á nuestra santificacion ofrecen los crueles padecimientos

del Salvador del mundo. Si este Padre de misericordia se hubiera limitado á predicar su Evangelio, si hubiera pasado su vida exento de las tribulaciones de la vida humana, si sus labios no hubieran probado la hiel, si el dolor no hubiera despedazado sus entrañas, si la perfidia y la ingratitud no hubieran contristado su pecho, si la persecucion no se hubiera cebado en su sangre, y si la muerte, en fin, no le hubiese cubierto con sus sombras, ¿quién de todos los nacidos hubiera puesto en práctica las verdades austeras de su moral? ¿En qué punto de la tierra hubiera encontrado su ley un asilo? ¿En cuál templo del mundo se hubieran elevado hasta Dios los inciensos de la virtud? Hay una distancia tan inmensa desde el entendimiento hasta el corazón, se halla el alma tan dependiente del imperio de los sentidos, es tan grande el influjo de la carne y de la sangre, tan flaca y débil la condicion del hombre, que no habria discurrido mucho tiempo desde la venida de Jesucristo, sin que la luz del Evangelio hubiera corrido entre el pueblo regenerado la misma deplorable suerte que la legislacion de Moisés en el pueblo judío, y la ley eterna de la naturaleza en las dilatadas regiones del paganismo.

Mas no era esta, católicos, la suerte que habia señalado Jesucristo á su reino: visible habia de ser, y todos los súbditos que le compusieran habian de tener, no solamente verdades que atesorar en su entendimiento, mas tambien dechados perfectísimos de virtudes que cultivar en su corazón. De esta manera la razon y la verdad quedarian igualmente regeneradas, pues de una mis-

ma fuente habian de correr con abundancia infinita las verdades que ilustran, las virtudes que santifican, los remedios que sanan, y las gracias, en fin, que alimentan el espíritu y sostienen los pasos vacilantes de la criatura por los caminos de su eterno fin. Hé aquí por qué se hizo hombre Jesucristo; se hizo hombre para ser como nosotros, para experimentar los dolores de la naturaleza humana, para sentir como nosotros todas las penas y vicisitudes de la vida, y saber por experiencia propia, como se explica Isaiás, las enfermedades del hombre: *scientem infirmitatem* (1).

Era preciso, hermanos míos, que á causas opuestas correspondieran efectos también opuestos; que la inmolation del orgullo pusiera término á las calamidades inauditas que trajo consigo la soberbia; que Jesucristo eligiera el extremo contrario del que escogió Adán: finalmente, que el que era Dios se hiciera hombre, para contener el torrente infinito de males y miserias que precipitó sobre todas las generaciones aquel mortal con haber pretendido levantarse desde su esfera de hombre hasta el rango excelso é infinito de un Dios. Hé aquí el primer paso de la carrera del Mesías y el fundamento de las virtudes que vino á instituir y multiplicar en la tierra. Este es el tema de su vida, y cada una de sus acciones es un testimonio santo, un ejemplo sublime con que ha querido consagrar la negacion de nosotros mismos en la admiracion de los ángeles y en el culto de los hombres. "Yo he bajado del cielo, decia, no para hacer mi voluntad, sino la volun-

1 Isaiás, cap. LIII. v. 3.

tañ del que me envió." (1) ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los hombres, á la vista de esta sujecion ilimitada, tendrá razones contra el Evangelio, pretextos contra la virtud, excusas finalmente, para sacudir la cerviz rebelde y arrojar lejos de sí el "yugo suave y la "carga ligera?" "Niégate á tí mismo:" qué respetable y augusto, cuán inviolable es este precepto, cuando Jesucristo nos presenta un dechado sublime de la mas perfecta abnegacion, sometiendo su entendimiento y su albedrío á la voluntad eterna de su Padre celestial!

"Niégate á tí mismo." "Esta palabra, hermanos míos, que no se hallaba en ninguna lengua, este precepto que no estaba consignado en ningun código, esta máxima que no se habia manifestado nunca en la doctrina ni en la conducta de ningun sábio, este mandato que espanta á la naturaleza, desconcierta la razon y hace despertar al amor propio;" este holocausto que se mira y con razon como el fundamento de las virtudes cristianas, es precisamente la divisa de Jesucristo. ¡Qué de prodigios no ha realizado, estrechando suavemente á sus discípulos á imitarle en su abnegacion! ¡Qué grande aparece el verdadero cristiano, y qué contraste no presenta con todos aquellos que mas ardientemente habian aspirado á los homenajes de la virtud! ¡Oh fecundidad prodigiosa de Jesucristo! El último de sus innumerables hijos, tal vez un labrador ignorado, hace avergonzar á la culta Atenas y á la virtuosa Esparta. Poned, católicos, junto á un

1 Joann. cap. VI. v. 38.

cristiano fiel á cualquiera de aquellos hombres insignes y raros que toda la antigüedad presenta mas á la admiracion que á la imitacion del género humano, como unos modelos perfectísimos de las mas heróicas virtudes. “Una vanidad insufrible era en estos últimos la menor de sus debilidades.” La posteridad vuelve los ojos hácia aquellos siglos y se fatiga inútilmente por encontrar en la fastuosa galería de sus sabios y de sus héroes “un hombre manso y humilde de corazon.” Morirá Sócrates por la verdad, pueblos que no conocen las virtudes llamarán noble el suicidio de Caton y alabarán con entusiasmo la justicia de Aristides; pero siglos despues, una posteridad mejor instruida buscará sin fruto la humildad del primero, y pondrá en duda la continencia de los segundos. No faltarán panegiristas entusiasmados al célebre Trajano; pero la historia le acusará siempre de haber hecho presentarse de una vez diez mil gladiadores en la misma arena donde condenó Tito á los prisioneros judíos á que se degollasen mutuamente.

A Vos estaba reservado, Hombre-Dios, dar al mundo virtudes que no poseía, ser con vuestra doctrina y ejemplo el padre de una generacion de santos, y hacer caer de los ojos de la posteridad aquel velo densísimo que ocultando ciertos vicios, habia granjeado á los virtuosos de otras épocas una grande admiracion y aun cierta especie de culto entre los hombres.

Pero ¿cuál es, decidme, la fuente de estas acciones inmortales que han cubierto de rubor á toda la antigüedad gentílica? Convertíos á Jesucristo Señor nuestro, y ved en su Persona el

tesoro infinito de perfeccion que tanto ha enriquecido al nuevo pueblo. ¿Quién otro que él pudo haber dicho jamás: “¿quién de vosotros me argüirá de pecado?” ¿Qué momento de su vida no es una leccion de santidad? ¿En cuál paso de su conducta no arrebató dulcemente la admiracion y el culto del Universo? Habeis temblado sin duda contemplando la inflexibilidad suma con que propone su doctrina: pasad ahora de su entendimiento á su corazon. ¿Qué indulgencia tan suave! ¿Qué compasion tan tierna! “No acaba de romper una caña cascada, ni apaga la pavezza que aun humea.” [1] ¡Sublime leccion para confundir ese amargo celo que condena la fragilidad y hace morir la esperanza!

¿Quién hubiera podido imaginar que Jesucristo habia de ser el primero en consagrar con sus dolores y amarguras la penitencia, patrimonio exclusivo del pecador? Pero ¡ah! ni éste la hubiera practicado jamas, ni sus obras de penitencia habrian tenido mérito ninguno. “La carne habia corrompido sus caminos:” leemos en el sagrado libro del Génesis: [2] era, pues, necesario, que los desórdenes de los sentidos tuviesen la misma reparacion que los errores innumerables en que habia precipitado el orgullo al entendimiento humano. ¿Y podria volver la carne por sí sola á tomar el antiguo sendero? No, jamas. Si por una consecuencia forzosa del pecado el cuerpo ha traído siempre consigo el germen de la corrupcion y todos los elementos del

1 Is. cap. XLII, v. 3. Math. cap. XII, v. 20.

2 Gén. cap. VI, v. 12.

dolor y de la muerte, no por esto sus penas representaban la penitencia, sino solo un castigo justamente merecido. Era, pues, indispensable, señores, una humanidad no contaminada que levantase al rango de virtudes todas las tribulaciones de la vida, y un Dios que, unido estrechamente á la naturaleza humana, santificara estas mismas virtudes, dándoles un precio infinito con su ejemplo. Hé aquí lo que hace Jesucristo: "verifica en su cuerpo la expiacion necesaria," [1] y despues de haber predicado la Cruz, abre su marcha por sí mismo, y anuncia la penitencia con los ejemplos admirables de su vida.

Corre por sus venas la sangre de David; pero no quiere aparecer en los palacios, y ántes bien en su nacimiento humilde, en su cuna despreciable, parece que, no satisfecho con vestirse de nuestra humanidad, quiere anunciarse, desde que aparece en el mundo, como el último de los hombres. Nacido en la pobreza, no quiere rehusar una sola de las privaciones innumerables que la acompañan; "entrado apenas en la carrera de la vida, deja caer unas gotas de su sangre pura, para dar testimonio á la antigua alianza: mas tarde la derramará toda, para salvar al hombre y sellar el nuevo pacto;" (2) Pero entremos, católicos, en su carrera pública; procuremos contemplar algunos de los caracteres de perfeccion infinita que desenvolvía constantemente á fin de formar el corazon de sus escogidos y disponerlos para entrar en el reino de su Padre.

1 y 2 La Menn,

Emprende ya el camino de su mision; mas no da el primer paso ántes de haber estado cuarenta dias en el desierto en ayuno continuo, y otorgado el permiso al poder de las tinieblas para que viniese á tentarle. Concluida esta solemne preparacion, comienza su grande obra: elige en persona á sus ministros; mas tomándolos á todos de la clase mas humilde, y poniendo á la cabeza de ellos á un pobre pescador, que como por acaso descubre en el mar de Galilea, claramente nos muestra con su misma conducta, que no entran en sus planes ni la prudencia del sabio, ni los tesoros del rico, ni el valor de los héroes, ni la grandeza y poder de los monarcas. En todo ha de ser confundida la naturaleza humana, y del mismo caos de donde brotó la creacion, el Universo atónito verá salir una sabiduría, una fuerza, un poder, que habrán de sujetar á todos los pueblos sin mas filosofía que la fé, y sin otras armas que la humillacion, el sufrimiento y la paciencia de los discípulos de Jesus.

¡Oh fé divina! ¡Oh esperanza celestial! Hé aquí vuestras grandes obras. ¿Quién no pone á vuestros piés los mezquinos partos de la razón humana y las tristes ilusiones del mundo! ¿Quién no se abandona dulcemente en vuestros brazos, cuando anunciáis vuestros títulos sublimes, no solamente con las palabras, mas tambien con la conducta del Hombre-Dios, que os ha traído á la tierra? "Oid y creed, morid y esperad," tal es la orden de Jesucristo. Pero ¿quién ha impuesto este precepto? El mismo que afirmó la fé con sus obras, y "anunció la esperanza la víspera de caminar á la muerte" (1).

1 La Menn.

¿Qué diré de su caridad? Está sedienta de dolor: "he deseado con deseo, dice á sus discípulos, comer esta pascua con vosotros" (1). Poseía con una igualdad absoluta las virtudes todas; mas no sé qué noble y tierna predilección hacía la caridad descubro en todas las acciones de su vida. "Pasaba haciendo el bien" (2). "Honra con su presencia la mesa de los publicanos, lleva la salud al abandonado lecho del moribundo, es el amigo de los pobres. Benevolencia, dulzura, amor: hé aquí lo único que oponía al corazón manchado y á la voluntad rebelde" (3). "Amigo, ¿á qué veniste?" [4] hé aquí las únicas palabras que su corazón le permite dirigir al bárbaro discípulo que le entrega: una mirada tierna y expresiva; hé aquí el único reproche que hace á la infidelidad de Pedro. Sus labios no estuvieron animados por la sonrisa del placer; pero ¡cuántas veces corrió el llanto de sus ojos! ¡Ah! simpatizaba con el dolor, porque vivía entre los hombres y peregrinaba por un valle de lágrimas.

Infinito es su poder; pero nunca le emplea sino para llevar á cabo los maravillosos designios de su clemencia, de su misericordia y de su bondad. Huye á su voz una turba insolente y desenfrenada, y al instante mismo la muger adúltera respira, vuelve sus ojos á todas partes, y no descubre ya sino al Rey divino que le otorga el perdón mas generoso: multiplica los panes y los pe-

1 Luc. cap. XXII, v. 15.

2 Act. cap. X, v. 38.

3 La Menn.

4 Math, cap. XVI, v. 50.

ces, y la hambre devoradora abandona luego el recinto que ocupa la prodigiosa multitud: suspende la borrasca que agita espantosamente los mares, y el discípulo escapa de un naufragio que miraba como infalible: detiéndose algun tanto en el pozo de Samaria, y una muger del pueblo siente llegar á su corazón y va luego á difundir entre los suyos aquella luz divina que trajo la paz y la virtud á la tierra: hace estremecer con su voz á las potestades del infierno, y el hombre queda libre de la posesión tiránica de los demonios: en fin, el sepulcro le obedece, y al instante mismo se agota el manantial de lágrimas que inundaba las mejillas de Marta y de María.

¡Oh prodigio de fortaleza y de bondad! ¡Oh probidad inmensa de misericordia! ¡Oh caridad, virtud sublime, hasta entónces ignorada! Pero qué, ¿no había presentado el mundo almas benéficas á la admiración de los hombres? ¿Antes del Evangelio no había llegado nunca el opulento á derramar sus tesoros en el seno de la indigencia? ¡Ah! yo reconozco en tan raros ejemplos el desprecio de las riquezas; y tambien, si se quiere, los nobles impulsos de la beneficencia humana; mas busco inútilmente la caridad. No basta dejar todas las cosas: es necesario seguir á Jesucristo, es decir: abandonarlas con un espíritu cristiano, porque tal es el carácter distintivo de la verdadera caridad, 'y lo que es peculiar y exclusivo de los apóstoles y creyentes' (1). No, señores; en la balanza de la eterna justicia no harán peso ninguno esas virtudes externas que

1 Hier. l. 3. in Math. c. 19,

el mundo admira, pero que no santifican el corazón. ¿Qué habrán de ser á los ojos del Santo de los santos la austeridad presuntuosa del estoico, la liberalidad astuta del político, la clemencia calculada del vencedor? Producciones del orgullo, de la ambicion y la vanidad.

“Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha” [1]: hé aquí la máxima de Jesucristo, el sello de las virtudes cristianas. Con este ejemplo tan material ha querido este divino Maestro, no el privar á los hombres del inestimable bien que produce la publicidad de las buenas obras, sino solo empeñar á cuantos la practiquen á huir la vana recompensa de las alabanzas humanas, á rectificar siempre su intencion, y consagrarlo todo constantemente al Autor soberano de las virtudes. “Quiere que en el público aparezcan nuestras obras con la misma pureza de intencion con que permanecen en el silencio de nuestra voluntad,” como afirma San Gregorio (2). Tal es la voluntad de Jesucristo, y por esto se adelanta él mismo á consagrarla con su ejemplo. Tan pronto en revelar su Omnipotencia, como en sofocar el grito de admiracion y suspender los movimientos del entusiasmo; apénas acaba de realizar un prodigio, cuando dice al mortal venturoso en cuyo beneficio ha empleado su poder: “No lo digáis á nadie.”

Esto no impedia, sin embargo, que el reconocimiento público llevara por todas partes su nombre con los mas sincéros homenajes, y atrajese de

1 Math. cap. VI, v. 3.

2 Hom. II. in Ev.

continuo á su Persona nuevos pecadores y nuevos necesitados. En estas circunstancias, católicos, parecia esmerarse en manifestar toda la dulzura de su carácter. El decaimiento de las fuerzas, la fatiga, el cansancio, la hambre, la sed, nada le detiene. Se le excita á que coma cuando acaba de instruir á la Samaritana, y él responde: “Yo tengo un manjar que vosotros no conocéis... Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado.” (1) ¡Cuántas veces respondió á sus discípulos á tiempo que detenian el paso á la multitud atribulada! ¿Os acordáis, hermanos míos, de aquella ternura paternal que le inspiró siempre la infancia? “Dejad á esos pequeñuelos, decia, dejad que vengan á mí.” (2)

¿Quién al ver tales prodigios de bondad, no vuela á incorporarse entre los vasallos del Rey? Sin embargo, católicos, no le olvidéis en aquellas situaciones imponentes en que, severo y revestido con toda la magestad, truena como el rayo para confundir las vanas y locas esperanzas del impenitente, reprimir la osadía temeraria del profanador, y tirar al suelo la máscara insolente del hipócrita. En la Sinagoga confunde la sabiduría de los doctores; en la corte prostituida burla la expectativa del magnate; en el palacio de Pilatos dice que el hombre no es dueño de su poder; reprime en el desierto la audacia del tentador; lanza ignominiosamente al profano mercader de la casa de su Padre; desconcierta y postra en Getzemaní á cuantos van á prenderle. ¡Ejemplo sublime que

1 Joan. cap. IV, vv. 32, 34.

2 Math. cap. XIX, vv. 13, 14.

ha dejado Jesucristo á cuantos rigen los destinos de las naciones.

Este carácter de grandeza, que tanto se admira en la conducta soberana del Mesías, este imperio sobre las pasiones, esta magestad que anuncia por todas partes al Hombre-Dios, ¡qué contraste no forma con la escena tiernísima del Cenáculo! Trasladémonos, católicos, á la noche para siempre memorable, en que el Salvador celebra "su grande y eterno Testamento" con la institucion augusta de la Eucaristía. ¡Qué descubren allí nuestros ojos? ¡Oh abismo de bondad! ¡oh misterios impenetrables del amor divino! Es preciso dar tregua al llanto para escuchar las instrucciones que el buen Maestro dirige á sus discípulos la víspera de su Pasion. ¡Qué afectos tan bien sentidos! ¡Qué idioma tan insinuante y tan dulce! ¡Qué concordia tan feliz entre la magestad y la ternura! "Hijos míos, dice á sus apóstoles, dentro de poco no me veréis; . . . mas no se turbe con esto vuestro corazón: . . . no os dejen huérfanos, volveré á estar con vosotros: . . . En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; voy pues á preparar allí lugar para vosotros." (1) ¡Oh palabras de vida eterna! ¡qué imperio tan dulce no ejercéis en el corazón! Si de aquí pasamos á contemplar las acciones que Jesús verifica en el Cenáculo, nuestra alma queda absorta y ha menester de una fuerza divina que la sostenga en presencia de una institucion como la del Sacramento de su Cuerpo y Sangre. Mas permitidme que os detenga un momento en ese cuadro,

1 Joan. cap. XIV, vv. 1, 2, 18.

en que el Hombre-Dios aparece descargando el último golpe sobre la soberbia. "Jesucristo se levanta de la mesa; se ciñe de una toalla, echa agua en una fuente, dobla su rodilla, inclina su frente, lava y enjuga los pies á sus discípulos (1) ¡Espectáculo augusto de la humildad; el cielo respetuoso te contempla, la tierra atónita te admira!

"Basta, Señor, detenéos: ¡el orgullo del hombre no está ya sobradamente expiado y confundido? . . . Católicos, hay todavía mucha distancia desde el Cenáculo hasta el Gólgota; y el amor infinito del Redentor del mundo no quedará satisfecho hasta morir por los hombres y dar la última consumacion á su grande y augusto sacrificio." (2) Se acerca, pues, el instante postrero en que van á tener su perfeccion y cumplimiento los oráculos, las figuras, el sacerdocio y la ley: en que la sangre del justo, llevando al cabo el eterno designio que meditaba desde el seno de su Padre celestial, va por fin á estrechar para siempre y con un vínculo infinito, la prometida y suspirada alianza entre Dios y los hombres. Es llegado el momento de partir para Jerusalem: la última Pascua está ya celebrada: el Redentor del mundo emprende su camino, pasa el torrente Cedron y penetra en el bosque de las Olivas. . . El sacrificio está aceptado: el Hijo del hombre va á morir. . . Poder de las tinieblas, sonó ya tu hora! La señal está dada, no con el ósculo del discípulo traidor, sino con la ofrenda sublime que

1 Joan. cap. XIII, vv. 3, 5.

2 La Menn. Indif. Extr.

acaba de hacer al Eterno Padre la víctima sin mancha. Llegad, pues, á consumir vuestro crimen, pontífice ambicioso, ministros infames; mas abatid ántes la orgullosa frente delante de vuestro Rey. No haréis vuestra voluntad contra la suya. Padece, porque lo ha querido así: "prendedle pues; mas aguardad que os lo mande." (1)

¿Qué imaginacion podrá seguir desde aquí los pasos de Jesucristo? ¿Qué dolor podrá representar sus tormentos? En un intervalo bien corto ha visto aparecer contra sí todos los crímenes, sufrido el embate cruel de todas las pasiones, agotado los innumerables recursos de la tiranía, sentido el inmenso peso de toda la crueldad. No han pasado mas que algunas horas, y durante un período tan reducido, ¿qué de ultrajes no ha recibido esta víctima inocente! Un discípulo le entrega, reniega otro de su nombre, y todos generalmente le abandonan. Solo, en medio de sus verdugos, no tiene ya con quien partir sus dolores y sus penas. Un pontífice aconseja su muerte, un cobarde satélite de una corte corrompida le dispensa una compasion peor todavía que el último suplicio. Azotes, salivas, golpes crueles, sacrílegas burlas, comparaciones humillantes, la caña de ignominia, la púrpura de mofa, la corona de sangre, el insulto añadido al tormento, la rabia frenética mezclada con la insolente risa, el grito de crucifixion, el sendero que se abre desde el pretorio al patíbulo, el madero que oprime sus delicados hombros, las peñas que retardan y afli-

1 Boulogne. Serm. de Pass. *Extr.*

gen su dolorosa marcha, la montaña que se eleva como el altar del sacrificio. . . . . ¿dónde está el entendimiento capaz de comprenderlo todo? ¿dónde está el corazón que pueda sentirlo todo? ¿dónde de la palabra que baste á expresarlo todo? ¡Ay, hermanos míos! "el cuadro de la Pasion, asunto es que hace desfallecer la elocuencia mas animada y parece que el orador cristiano participa en estos lances del trastorno de la naturaleza.

Hemos llegado por fin al Calvario. Preséntase Jesucristo clavado sobre la Cruz á la vista del cielo y de la tierra; pronuncia sus últimas palabras, bebe ya las heces del doloroso cáliz, explica, en fin, su amor, de la manera mas sublime. Esa sed insaciable que le devora, (1) símbolo es del amor infinito que tiene á su pueblo; esa plegaria que sale de sus labios y desarma el brazo de la justicia eterna, es una solemne invitacion de la misericordia al arrepentimiento. [2] Su madre es nuestra madre: [3] El va delante de todos los que se lloran desamparados, y la tribulacion queda santificada. [4] Todo avanza á su fin: aproxímase ya el desenlace de esta escena misteriosa: ábrense por última vez los labios de Jesus. . . . ¿Qué va á decir? Venid, ¡oh pueblos! en multitud, ocupad todas las colinas y todos los valles, cercad esa montaña, mirad esa Víctima:

1 Sitio. *Joan.* cap. XXIX, v. 28.

2 Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt. *Luc.* cap. XXIII, v. 34.

3 Mulier, ecce filius tuus, etc. *Joan.* ibi. v. 26, 27.

4 Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? *Math.* cap. XXVII, v. 46.

que escuchen los cielos y la tierra. El Hombre-Dios abre sus labios por última vez.... Oid... Atended... No perdais un solo acento: es la palabra salvadora que sanciona la libertad del mundo, el omnipotente grito que hace estremecer los infiernos y abrirse de par en par á las generaciones las puertas de la inmortalidad ... "¡Todo está consumado!" *Consumatum est* (1)

Sí, católicos, todo está consumado: la naturaleza que se trastorna, el pueblo que gime en la mas triste consternacion, el sol que niega su luz al Universo, el choque repentino de todos los elementos, el orbe que vacila, los sepulcros que se abren, el velo del antiguo templo que se rompe, son otros tantos ecos sublimes de esta palabra: "¡Todo está consumado!"

Jesucristo no trajo á la tierra mas designio que redimir al género humano, regenerar al hombre en la verdad y en la virtud. Todo lo ha establecido sólidamente, y desde que mira su obra consumada, no quiere vivir un instante mas. Anuncia, pues, el término de su misión divina, é inmediatamente encomienda su espíritu al Eterno Padre. .... inclina su cabeza....

¡Ha muerto el Redentor del género humano! Mas en esta muerte, católicos, cuyos caracteres singulares y únicos nos han hecho descubrir á la Divinidad por entre los dolores, tormentos y humillaciones que rodean á la Víctima del Calvario; en esta muerte donde acaban sus tormentos, empiezan sus victorias; en esta muerte veo destruido el trono de la muerte, roto y deshecho el viejo

1 Joan. cap. XIX, v. 30.

hereditario yugo que oprimia desde cuatro mil años atrás la cerviz abyecta de innumerables generaciones. Todo cambia en el mundo moral; las costumbres, la política, las instituciones, la filosofía. Esta palabra de consumacion pronunciada por Jesucristo, es un nuevo *fiat* que saca por segunda vez al mundo de la nada. Esa montaña es el cimiento de la ciudad eterna, esa Cruz un estandarte glorioso que dará vuelta al mundo, y reunirá en torno de sí á todas las naciones. Si el sepulcro del hombre es el término de todas las grandezas humanas, la tumba del Mesías será el punto desde donde empiece á levantarse magestuosamente su gloria. Tal debe ser, católicos, el fruto de su predicacion, de su vida y de su muerte. No basta, pues, haberle visto renovar el entendimiento humano con el anuncio de su eterna verdad, y ofrecer á la imitacion de los presentes y futuros siglos el mas cumplido modelo de todas las virtudes: es preciso hojear un tanto la historia de su Cruz, entrar en el nuevo reino y ver levantarse los eternos muros de su Iglesia sobre las ruinas del paganismo.